

Remedios para el (des)amor educativo

De bálsamos, panaceas y otras fórmulas magistrales en la era digital

Francisco de Pedro Gómez

INS Roquetes

Muerte en el olvido

Yo sé que existo
porque tú me imaginas.
Soy alto porque tú me crees
alto, y limpio porque tú me miras
con buenos ojos,
con mirada limpia.
Tu pensamiento me hace
inteligente, y en tu sencilla
ternura, yo soy también sencillo
y bondadoso.

Pero si tú me olvidas
quedaré muerto sin que nadie
lo sepa. Verán viva
mi carne, pero será otro hombre
-oscuro, torpe, malo- el que la habita...

Ángel González (*Áspero mundo*, 1955)

La mirada del otro nos crea a cada instante. Existimos porque nuestra voz es escuchada. Pero si nadie nos oye, todo pierde sentido y nuestra vida languidece. Recordaba estos versos de Ángel González al pensar en el oficio de enseñar y en lo que tiene de entrega y de plena relación con los demás, porque son ellos quienes nos devuelven una imagen que nos vivifica o al contrario, nos arroja a la nada.

También pensaba en Ovidio y en sus lecciones sobre el amor. En cómo nos cuenta en sus *Remedia amoris* que los que aman mucho y no son correspondidos deben aprender a desamar, a alejarse del objeto de su deseo y mirarlo serenamente, desde la distancia. Y todo junto me sugirió la metáfora: enseñar y educar es un acto de amor, pero cuando no es correspondido, necesita un cierto distanciamiento que nos permita entender de qué manera nuestra tarea, tan vocacional y esforzada, tan querida en su momento, empezó a traernos quebraderos de cabeza tan frecuentes que hoy nos hacen pensar si el idilio se mantiene, si pasa por una crisis pasajera, o si definitivamente no hay manera de arreglar lo nuestro.

1. *El mal de amores*

Porque, en efecto, enseñar lengua y literatura hoy es a menudo un problema de “mal de amores”, de querer y no ser correspondido, de añorar aquello que fue y saber que nunca volverá, de lamentar día tras día las incongruencias de un sistema educativo que tanto nos

exige sin darnos apenas satisfacciones. Y lo más triste es que esto se produce precisamente hoy, en pleno siglo XXI, cuando podían haber triunfado los postulados de la Escuela Moderna y la Institución Libre de Enseñanza, cuando aparentemente se daban las mejores condiciones para desarrollar una escuela en libertad, innovadora, abierta, experimental y correctora de las desigualdades sociales.

No ha sido así. Por el contrario, asistimos estupefactos a la irrupción de generaciones de escolares que pasan por aulas luminosas y funcionales sin apenas adquirir el barniz ilustrado que se supone debía adornar su formación. No digamos nada ya de su espíritu crítico, su competencia comunicativa o su sensibilidad artística, por poner algún ejemplo. Y esto no ha pasado por falta de medios. No ha sido éste el problema, sino quizá la falta de método y la falta de confianza entre todas las partes del proceso, algo que ha llegado ya a ser patológico: el alumnado, la administración, los padres, los profesores... Cada uno por su lado y todos peleados entre sí.

Por todo ello, el marbete “mal de escuela” –tomando el título de Daniel Pennac (2008)- cuadra perfectamente no sólo para designar el malestar de los que aprenden poco y mal, sino también el de los que enseñamos a trancas y barrancas, y puede deslizarse hacia una acepción no sé si nostálgica, pero sí decididamente triste de lo que pudo haber sido y no fue, de las ilusiones perdidas, de los deseos que nos movían aquellos primeros días en que tomamos una tiza y nos lanzamos a la palestra.

2. Panaceas y fórmulas mágicas

Sin embargo, mientras vamos tirando como podemos entre el zumo de naranja y el café de media mañana, no dejan de ofrecérsenos soluciones aparentemente milagrosas para todos estos males o dolencias profesionales: técnicas innovadoras, instrumentos fascinantes y perspectivas sin duda inteligentes que, a partir de mañana, prometen sacarnos del atolladero. Llámense nuevas tecnologías, proyectos interdisciplinares, práctica reflexiva, aprendizaje basado en problemas, evaluación por competencias, planes experimentales o como se quiera. En el fondo, no dejan de ser clavos ardiendo a los que nos agarramos por nuestras ganas de mejorar, por estar a la última o simplemente por aprender algo nuevo, que esta virtud se nos supone todavía a los docentes. Por eso creo que ya va siendo hora de hacer un balance meditado e intentar explicar por qué estamos como estamos y cómo hemos llegado hasta aquí cuando queríamos ir a otro sitio.

De todos estos remedios que se nos proponen, el más llamativo y revolucionario es el de las TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación), ahora reconvertidas en TAC (Tecnologías para el Aprendizaje y el Conocimiento). No voy a discutir aquí los innegables avances que ha supuesto Internet para el sistema educativo, ni el ahorro de tiempo y dinero que suponen los entornos virtuales de aprendizaje tipo Moodle para la enseñanza a distancia, pero sí que a menudo se nos olvida que la línea recta es el camino más corto entre dos puntos y que para transmitir con total eficacia una información a unos alumnos que están a nuestro lado no necesitamos más que nuestro cuerpo y nuestra voz, y si me apuran, una pizarra. Nada más. Todo lo otro, que puede estar muy bien y que habrá que utilizarlo cuando y como nos sea más útil, de momento puede ser más un estorbo que una ayuda, sobre todo si no lo

sabemos manejar con soltura o no disponemos de los medios tecnológicos necesarios. Y es que mientras no tengamos destreza en el uso de las nuevas tecnologías –cosa muy difícil ya que las aplicaciones cambian cada día y la comunicación digital evoluciona a velocidad vertiginosa- estaremos precipitándonos de cabeza en el abismo.

En educación no hay fórmulas mágicas ni recetas milagrosas, y lo que funciona en un contexto no resulta adecuado en otros. Por eso, frente a los voceros del ideal que anuncian la buena nueva de la *Sociedad del Conocimiento*, no cabe sino oponer un sano escepticismo inicial, revisar críticamente el uso educativo que se hace hoy de las TIC y sopesar bien tanto sus posibles ventajas como sus inconvenientes, sobre todo si aspiramos a emplearlas cada día de forma más frecuente. Y de entrada, empecemos por enfocar la lente con claridad y dirigirla hacia lo que hoy por hoy encontramos en clase.

3. *La cruda realidad*

Porque al entrar en clase un día cualquiera a una hora cualquiera, a menudo la realidad supera a la ficción y, como en la conocida viñeta de Forges, nos toca hacer de todo menos enseñar lengua y literatura. Tenemos programas y proyectos excelentes en la teoría, pero los resultados finales revelan a menudo una absoluta falta de conocimientos y habilidades. Tenemos planes de lectura magníficos en el papel que luego se concretan en muy poca cosa. Perseguimos la “educación literaria” de nuestros alumnos, pero ¿qué sabe la mayoría de ellos sobre los clásicos hispánicos al acabar el bachillerato? Por supuesto, leer y comentar fragmentos escogidos siempre será mejor que memorizar listas de autores y obras para soltarlas en un examen. Pero, ¿cuánto hemos avanzado realmente en ese campo? ¿Con qué resultados? Y ¿a qué precio? ¿Quién dijo que no era bueno tomar apuntes en clase cuando se hace una exposición, sea por parte del profesor o de otra persona? Hemos sacrificado contenidos, pero no hemos mejorado significativamente en la práctica ni en el desarrollo de las capacidades. Hemos comprimido el temario de forma irracional en algunos cursos mientras que en otros se ha estirado casi indefinidamente, complementándose aspectos esenciales con otros perfectamente prescindibles e irrelevantes para la formación personal y académica de las nuevas generaciones.

El modelo educativo está en crisis y no tenemos una respuesta clara para todas las preguntas que surgen. Lo único que sabemos es que la escuela es más heterogénea que nunca, que alberga un alumnado multilingüe y multicultural, y que, al menos de momento, su función de integración social la sigue cumpliendo. Pero sobre el resto apenas hay consenso. El constructivismo como teoría de adquisición de los conocimientos es irrefutable, así como la importancia de la motivación y la necesidad de aprender no sólo escuchando sino también viendo y haciendo, pero aquí se acaba todo. Las derivaciones metodológicas de tales planteamientos son mucho más discutibles. ¿Cómo hacer que los alumnos construyan su conocimiento sin proponerles también sistemas ya establecidos y cerrados con los que confrontar sus ideas previas? ¿Qué tipos de textos trabajar en cada etapa y de qué manera? ¿Cómo conciliar la escucha, el habla, la lectura y la escritura para conseguir un desarrollo equilibrado de todas las capacidades comunicativas? ¿Cómo desarrollar también la memoria sin caer de nuevo en un aprendizaje mecánico y no significativo?

Además, el modelo de escuela digamos “tradicional”, con sus virtudes y sus defectos, sigue estando muy presente en nuestro imaginario colectivo y hay argumentos para considerar que no fracasó del todo. De hecho, al menos a partir de la década de los 70 del pasado siglo, ayudó bastante a que una gran cantidad de estudiantes sin recursos tuvieran estudios superiores. Sólo había que espabilar y aplicarse. ¿Sucede lo mismo hoy? ¿Sigue sirviendo la escuela pública como trampolín social para muchos jóvenes desfavorecidos?

Estamos, por tanto, en una encrucijada, en un terreno yermo en que sistemáticamente se cuestionan la autoridad del profesor, la eficacia de su trabajo y su capacidad para *e-ducare*, para guiar con suavidad y firmeza hacia el desarrollo armónico de las famosas ocho competencias básicas, entre las que se incluyen como fundamentales la lingüística y la digital. Y todo ello mientras se le exige una actualización constante, un dominio más que suficiente de diversas herramientas y aplicaciones informáticas, y el cumplimiento de un sinfín de tareas de tipo administrativo que le distraen sistemáticamente de su cometido principal: abordar con garantías de éxito el desarrollo de la primera y más relevante de las competencias, la comunicativa. Aunque ésta ya no basta. Ahora debemos integrar también en cada secuencia didáctica la competencia cultural y artística, la informacional, la de aprender a aprender, la de autonomía personal... Todo en el mismo saco y por el mismo precio.

Tales demandas del sistema no deberían hacernos olvidar cuál es nuestra verdadera misión, porque la lengua, la palabra oral y escrita, está en la base de toda comunicación humana y es a ella a la que debemos dedicar toda nuestra energía. Sin la herramienta afilada no podemos trabajar. Demos valor a la palabra, situémosla en el centro del debate y hagámoslo además sin dejarnos a nadie en el camino. Porque nuestro reto no es sólo enseñar lengua (y literatura) sino hacerlo con todos y para todos.

4. *La escuela de todos*

No lo olvidemos. No podemos dejarnos a nadie atrás. Debemos conducir con paciencia y respetar los diferentes ritmos, para que nadie se caiga del carro, para que nadie abandone antes de tiempo. Como en *Ni uno menos* (1998), la película del director chino Zhang Yimou, o como decía León Felipe en *Versos y oraciones del caminante* (1920-1929):

Voy con las riendas tensas
y refrenando el vuelo
porque no es lo que importa
llegar solo ni pronto,
sino llegar con todos
y a tiempo.

Llegar juntos y a tiempo. Facilitar el camino para que todo aquel que quiera, por lejano que sea su punto de partida, llegue a la meta antes de que se cierre el control. Y hacerlo sin moralidades ni prédicas, sin echar más sermones que los justos, mostrando simplemente la vía para que cada uno la recorra en libertad, y no marcando el paso con aire marcial.

5. *Enseñar o aleccionar*

Y es que siempre ha existido la tentación de sustituir la historia por la interpretación interesada de los hechos; el cuento, por la moraleja; y los valores, por las consignas y los mandamientos. Y a la escuela se le ha otorgado demasiado a menudo ese papel en que su

función de guía se confundía con la de mero vigilante del orden y las buenas costumbres, un vigilante siempre más dispuesto a aleccionar que a mostrar la realidad y los medios para interpretarla correctamente.

En este sentido, no me resisto a citar una escena de la película *Lugares comunes* (2002) del director argentino Adolfo Aristarain que se puede ver fácilmente en *YouTube*. En ella, un profesor universitario al que relevan de su cargo aludiendo falta de recursos –en realidad, desavenencias ideológicas-, se despide de sus alumnos pidiéndoles que sean honestos y que enseñen a su vez a los suyos a pensar, para que puedan entender la realidad por dolorosa que sea, sin suavizantes ni edulcorantes. Seguro que muchos conocen la escena y algunos habrán tenido incluso la posibilidad de ver la película completa, con toda su carga de discurso político y crítica social. Yo creo que no me engaño si digo que su tesis resulta evidente: hay que educar como acompañamiento, no como sojuzgamiento del débil; hay que mostrar o enseñar al que no sabe y hacerle ver la realidad, no tapársela con sesgos y vendas más o menos traslúcidas; hay que mostrar, no instruir; hay que hacer pensar pero no despejar todas las dudas; hay que crear más y mejor, si cabe, para despertar el espíritu crítico y por consiguiente, la lucidez, la satisfacción del conocimiento.

Hacerse preguntas. Saber hacerse preguntas es la clave de nuestra tarea, como en el film. Y no creerse del todo las respuestas, porque no son definitivas, porque no podemos tener seguridad total de nada. Ni siquiera de si emprendemos el camino correcto cuando ensayamos nuevos enfoques, nuevos planteamientos, nuevas estrategias didácticas.

6. Enseñar y educar

Y aquí me parece que está la clave del asunto: sea cual sea el método o la forma elegida, debemos mostrar con claridad lo que hay, lo que pasa, la pasta de la que está hecho el mundo. Para despertar la conciencia. Para encender la luz del saber, por cruda y violenta que sea, y revelar la verdad con todos sus matices, con toda su gloria y toda su miseria. Y debemos hacerlo con todos los medios a nuestro alcance, sin excluir ninguno. Y sin miedo, porque en el fondo está la palabra redentora, la palabra como “arma cargada de futuro” –Celaya *dixit*- y a ella hemos de volver tarde o temprano.

Lo que no podemos hacer es seguir en pleno siglo XXI como si nada pasara, como si las TIC y la civilización de la imagen fueran visiones fantasmales. Porque no nos queda otro remedio que mirar al futuro e integrar textos, imágenes y músicas en nuevos discursos que se publicarán y leerán en soporte digital. Lo cual no es en absoluto incompatible con la tradición precedente. Al contrario, quizá sea hoy la mejor manera de hacerse preguntas de verdad, de desarrollar ese espíritu crítico que tanto echamos de menos, de favorecer el aprendizaje autónomo, de enseñar a aprender y de formar ciudadanos libres y responsables.

Esa marcha adelante no puede ser, sin embargo, una huida, ni un salto al vacío ni una rendición, sino un viaje ligero, casi sin equipaje, sólo con lo básico para sobrevivir en el piélago de la enseñanza reglada: nuestra voz, nuestro saber decantado por el tiempo, nuestro cuerpo íntegro puesto al servicio de un ideal noble -de un trabajo absolutamente fascinante e imprescindible- y nuestros textos, imágenes y músicas, en el formato que sea (libro, cuaderno, cedé, portafolio electrónico...) Con dignidad y decisión, pero sin arrojarnos en los brazos de

quienes nos cantan y nos arrullan desde las rocas afiladas en plena tormenta, sin entregarnos en brazos de la empresa mejor situada o del proyecto más fascinante pero más complejo técnicamente.

En este trayecto compartido, además, nunca sobrarán las reflexiones metodológicas ni los debates sobre el fondo, las preguntas sobre el qué y el cómo. Y por ello seguirán sonando cuestiones esenciales como ¿qué es necesario saber?, ¿en qué aspectos fundamentales de lengua y literatura hay un acuerdo general?, ¿cómo abordar diferentes ritmos de aprendizaje? o ¿cómo conjugar la necesidad de construir un conocimiento compartido y a la vez abordar los temarios oficiales, a todas luces excesivos?

Por lo tanto, habrá que enseñar la materia de Lengua castellana y Literatura siendo muy conscientes de que la vez debemos *e-ducare*, guiar y adiestrar digitalmente, aunque siempre de manera que el medio no oculte el mensaje. Porque éste es el riesgo: perdernos en aplicaciones e imágenes de colores brillantes y olvidar la profundidad del pensamiento abstracto para siempre.

7. *Apocalípticos e integrados*

En medio de este panorama confuso y abierto podemos establecer dos posturas comunes en la enseñanza de la Lengua y la Literatura a través de las TIC, y tomando el título de la obra de Umberto Eco (1993), podemos hablar de *apocalípticos e integrados*.

Los primeros muestran un rechazo frontal a las innovaciones técnicas -en buena parte porque requieren un aprendizaje costoso y a veces muy poco productivo-, sienten gran inseguridad al pisar un terreno que no conocen bien y no tienen claros los métodos que se emplean en un entorno de aprendizaje digital. También desconfían, no sin razón, del enorme poder de distracción de Internet, y están muy alertas ante los riesgos que comporta su uso y las continuas amenazas informáticas que nos acechan. Además, por qué no decirlo, se resisten al ingente trabajo que exige la búsqueda y creación de recursos educativos en el nuevo formato. Al recelo y al miedo a lo desconocido suman, pues, el estrés añadido de enfrentar una tarea que frecuentemente les sobrepasa.

Y por el otro lado están los integrados, los portavoces y apologistas de la nueva ola, los defensores a ultranza de las ventajas de la enseñanza digital, aunque también críticos a menudo con cómo se hacen las cosas por parte de la Administración. Éstos destacan el enorme potencial de los espacios de relación y de colaboración que la red hace posibles y reivindican una alfabetización digital y audiovisual de gran alcance que comporte también un cambio radical de metodologías y planteamientos educativos.

Frente a esas dos posturas extremas, creo que se impone el justo medio y la reclamación de una alfabetización digital completa como algo urgente e imprescindible. Y en este sentido, creo que no les costaría suscribir a ambas partes la afirmación que hacía el semiólogo italiano (Eco 1993: 332): "La civilización democrática se salvará únicamente si hace del lenguaje de la imagen una provocación a la reflexión crítica, no una invitación a la hipnosis".

En caso contrario, mucho me temo que reproduciremos -ya pasa, de hecho, en algunos centros con el proyecto 1x1- la imagen surrealista de los agricultores de subsistencia que

idolotran un tractor de último modelo para el que no tienen gasolina y que no saben conducir, pero que conservan y veneran en la aldea como un objeto sagrado porque fue una donación espléndida y generosa venida de los países desarrollados.

Y es que me temo que en algunos aspectos hemos empezado la casa por el tejado y hemos hecho lo más fácil pero lo menos conveniente: planes estrella de equipamiento informático que en cuatro días se derrumbarán. Ése no es el camino. Antes de dar ordenadores a todo el mundo, hay que hacer a cada uno responsable de su tarea, hay que analizar críticamente la enseñanza mediante las TIC y hay que empezar a desmontar algunas de las muchas verdades aparentes que circulan como moneda falsa sobre las nuevas tecnologías y la educación.

8. Falacias del mundo virtual

La primera de ellas sería la afirmación de que nuestros alumnos son “nativos digitales” y nosotros, “inmigrantes” en ese mundo. Aunque, evidentemente, es una buena metáfora, si la aceptamos literalmente –como algunos pretenden- nos sitúa en una posición inasumible. Porque quizá los jóvenes han nacido con las TIC, pero nosotros las hemos visto venir y tenemos una perspectiva crítica que no puede ni debe soslayarse. Además, nosotros, de momento, se supone que sabemos más de la materia y de cómo enseñarla. Lo que no quiere decir, ni mucho menos, que lo sepamos todo y que no tengamos que aprender aún mucho, incluso de las TIC. Aprendamos, pues, de ellos y con ellos, pero sin poner en riesgo nuestro trabajo lanzándonos sin red a usar medios y materiales que no dominamos. Así que, en este sentido, calma. Ni ellos saben tanto de nuevas tecnologías, ni nosotros, tan poco. Algunos saben, otros no. La mayoría, bastante menos de lo que parece y de lo que ellos mismos creen.

Relacionada con el razonamiento anterior, hay otra frase común y profundamente errada en mi opinión. Y a las pruebas de evaluación de competencias básicas me remito. Es la que dice que las nuevas generaciones están mejor preparadas que nunca porque tienen a su alcance una información ilimitada a golpe de clic. Se dice en público y en las esferas oficiales, a la vez que en privado se sostiene lo contrario y se recela de un sistema educativo sometido a continuos cambios legislativos y vaivenes políticos. Muchos de nuestros alumnos no saben ni buscar información de calidad y, lo que es peor, una vez encontrada, no saben interpretarla, tratarla y asimilarla mínimamente.

Y la tercera falacia es la que dice que “Todo está en Internet”. La gran literatura empieza a estar, por ejemplo, pero faltan sus lectores. Además, ha cambiado la forma de lectura. Ahora se lee a saltos y en porciones mínimas, textos simplificados y fáciles de asimilar. Pero nuestra misión sigue siendo enseñar también los clásicos, obras de calidad, referentes culturales de primer nivel. Hoy se leen muchos blogs y páginas con un contenido que podríamos llamar “literario”, y éste es ágil, directo, desenfadado, versátil, multimedia, todo lo que se quiera, pero no es ésa la literatura que tenemos que enseñar en clase, al menos no la única, a no ser que prescindamos de un plumazo de toda la tradición. Y en un mundo como el actual hacen falta referencias culturales compartidas, clásicos de nuestra cultura y de otras, señales o balizas inexcusables para orientarse y saber por dónde vamos y de dónde venimos.

Sin ese bagaje cultural, ¿cómo explicar quién es Vargas Llosa y en qué se funda su calidad literaria? ¿Y cómo explicar por qué le han dado el premio Nobel? Poe, Cervantes,

Baudelaire... todos los grandes se siguen leyendo realmente en papel, en el libro de toda la vida, por muchos experimentos y fiestas audiovisuales que se hagan en la red. Lo que no quita para que esos experimentos sean absolutamente necesarios hoy, sobre todo si implican la participación activa de los jóvenes, como invitación o puente a la lectura, como animación a integrarse en la red del gusto por leer.

9. *Malos usos de Internet*

Además, en relación con estos falsos “lugares comunes”, podemos situar también el problema de los malos usos de Internet por parte del alumnado, el primero de los cuales sería la identificación abusiva y total del ordenador como instrumento de ocio, y de Internet como medio favorito o esencial para relacionarse socialmente. Juegos y *Facebook*. De aquí no salimos. Y el resto apenas les interesa.

Están fuera de discusión las innumerables ventajas de poseer una conexión a Internet y poder utilizar nuevas aplicaciones informáticas, pero los inconvenientes y los malos usos que genera esa posibilidad si no se perfeccionan el acceso a la red y los métodos de trabajo digitales, pueden ser claramente superiores. Nuestros alumnos siguen sin saber buscar en Internet, se distraen continuamente con la pantalla, se acostumbran –quizá irreversiblemente- a piezas fragmentarias de información de baja calidad y mal escritas, se pierden enseguida si no tienen unas pautas muy estrictas de actuación y, casi lo peor de todo, se acostumbran al “clic, clac, fuego”, a dar una respuesta inmediata e irreflexiva a los problemas y cuestiones planteados en muchas aplicaciones interactivas; todo lo cual, lejos de garantizar el añorado objetivo de ayudarles a aprender autónomamente, los aleja de esa capacidad que tan lentamente se desarrolla. Porque sin lectura ordenada y reflexiva, sin criterios de selección y sin suficiente dominio del lenguaje verbal, la competencia de “aprender a aprender” cae en el puro olvido.

Por supuesto, hay respuestas a todos estos malos usos de las TIC. La principal es hacer una planificación escrupulosa –y costosísima- de todas las actividades pedagógicas, lo que no evita luego estar “apagando fuegos” continuamente, y evidentemente, crear y hacer cumplir –al menos en clase- un decálogo muy claro de normas de utilización de los equipamientos, de los programas y de la navegación en Internet, cosa que muchos centros aún tienen pendiente.

10. *Libros digitales*

En medio de este paisaje, y siempre con la mejor intención, el Departament d’Educació de la Generalitat propuso el curso pasado extender de manera exponencial el *Programa 1x1* (un ordenador, un alumno) que se inició de forma experimental el año anterior. La respuesta de los centros escolares catalanes fue masiva y se produjo una demanda muy elevada de participación en el proyecto. Una vez más, fuera por miedo de quedarse atrás tecnológicamente o de perder el tren de la innovación, muchos centros de Primaria y Secundaria solicitaron los ordenadores, pero sin saber muy bien para qué. Luego, a toda prisa, se diseñó un curso a distancia para preparar al profesorado que iba a ponerse al frente de esta revolución educativa en septiembre.

Ahora, sin embargo, dos meses y medio después, no está nada claro si el experimento está saliendo bien o no. Los resultados aún están por evaluarse, pero un anticipo creo que bastante bien razonado de cómo se ha planteado la inmersión digital en este país podemos encontrarlo

en el artículo de Fernando Parra (2010) publicado en el *Diari de Tarragona* y en su blog personal el 3 de octubre pasado y titulado muy expresivamente “El fiasco del libro digital en las aulas”. En él analiza con perspicacia la principal opción que se les ha planteado a los centros como material didáctico listo para usar, los llamados “libros digitales”, y su juicio final no puede ser más negativo. De entrada, comenta las dos posibilidades propuestas por las editoriales: un entorno virtual auténtico o un simple pdf del libro habitual enriquecido con actividades y enlaces hipertextuales. Y enseguida viene a llegar a una conclusión demoledora que tira por tierra dos mil años de investigaciones e innovaciones educativas: al final, la tablilla de cera de los romanos o el pizarrín escolar de los tiempos de la República son poco más o menos como estos miniportátiles de hoy o incluso mejores, porque en aquéllos al menos se podía dibujar a mano alzada. Si hubieran sido al menos Tablet PCs, que reconocen la letra y permiten escribir directamente en la pantalla...

En todo ello, quizá lo más decepcionante ha sido comprobar cómo una de las utilidades educativas más sobresalientes de Internet quedaba en gran parte desactivada al utilizar plataformas educativas de pago: la posibilidad de crear y compartir libremente materiales didácticos. Todo ha quedado en proyectar con luz brillante sobre una pared unos materiales muy similares a los que se veían mejor en el libro tradicional, con el inconveniente de que tienen una licencia de uso restringido y no se pueden modificar y adaptar fácilmente a la diversidad del alumnado que tenemos en las aulas.

¿Qué soluciones habría, por tanto, para abordar esta cuestión? Quizá se puedan aventurar dos. La primera, huir del catastrofismo gratuito y paralizante, y pensar que una tecnología no tiene por qué anular otra, que nada es incompatible con nada y que la libreta y el libro tradicionales siguen teniendo mucho que decirnos a día de hoy. Los reduccionismos son empobrecedores y hemos de excluir por definición las visiones y las propuestas radicales de tecnófilos y tencófobos. Y la segunda, no abandonar en ningún momento el objetivo principal de nuestro trabajo, que consiste en desarrollar, ante todo y sobre todo, la competencia lingüística de nuestros alumnos, en todas las materias, de todas las maneras, en todos los formatos y en diversos idiomas, porque ella es la base de todo lo demás.

11. *Lecturas juveniles*

Persiguiendo ese objetivo troncal, adquieren cada día más relevancia todas las actividades que se proponen desde los centros educativos para fomentar la lectura, especialmente todas aquellas relacionadas con la dinamización de la biblioteca escolar, la formación de redes de jóvenes lectores, la celebración de recitales y presentaciones literarias, y la creación de espacios y momentos para leer por gusto y sin obligaciones, especialmente tebeos, novelas gráficas y toda clase de Literatura Infantil y Juvenil.

Porque en la LIJ tenemos la mina de los lectores adultos de mañana. Permitamos y fomentemos -como quien no quiere la cosa- la lectura desordenada y compulsiva, devorar revistas, mala literatura o lo que sea. Dentro de un tiempo, la selección se impondrá de forma natural y entonces será posible actuar como verdadero mediador y como guía de lecturas más complejas y profundas, pero para ello se debe hacer creado antes el hábito de la lectura. No estropeemos un lector posible imponiendo demasiado pronto lecturas inadecuadas. Si para

ello nos hemos de “bajar del burro”, hagámoslo. No pasa nada. Unos sorbos de literatura clásica ya vienen en el currículum oficial y con ellos ya basta para la formación esencial. La lectura ha de enganchar, ha de ser vital e intensa, aunque no sea de la calidad que nosotros estimemos adecuada. Ésa ya vendrá después, si toca. O no, claro, pero esto ya no dependerá de nosotros.

En esta misma línea, resulta esencial, aunque no fácil de promover y ejecutar, disponer de un auténtico *Plan de Lectura de Centro* que cuente con el apoyo y la implicación real de toda la comunidad educativa. Los Planes de Lectura en Cataluña, oficialmente ligados al programa *PuntEdu* y a la figura del coordinador de la biblioteca escolar, abordan el difícil reto de hacer lectores de por vida, tanto de literatura como de otras materias, y si están bien planteados y llevados a cabo -como el del INS *Mar de la Frau* de Cambrils, por ejemplo-, son instrumentos esenciales en el desarrollo de eso que se ha dado en llamar la “formación de usuarios” y la “educación literaria”. En éste, todos los alumnos de ESO hacen lecturas complementarias en todas las materias a partir de una serie de propuestas establecidas previamente para cada curso, de manera que pueden profundizar en cada uno de forma coherente, relacionando conocimientos desde las diversas áreas y abordando el estudio de cada tema forma multidisciplinar. Así, de manera natural, surgen grupos de lectores interesados en los diversos contenidos y motivados por un deseo más o menos compulsivo de leer. Así luego es relativamente fácil pasar de esa lectura compulsiva a la selectiva, a la de calidad, con criterio, orientada y guiada por los diferentes mediadores culturales, entre los que el maestro o profesor es uno de primer orden que puede realizar esta función desde la clase, pero también desde la biblioteca, la revista del centro o la página web.

Quizá de esta manera tengamos cada día más estudiantes infectadas (o infectados) con el veneno de la literatura, esa ponzoña tan relacionada con el cine, con la música y con las artes plásticas. Y quizá de esta manera frenemos el imparable declive de las jornadas culturales y las actividades fuera del horario de clase, una tendencia que en muchos centros parece irreversible.

12. *Lectura en contrapunto*

Hablando de la selección de las lecturas escolares, hay que abordar también el debate sobre el canon literario, el qué leer en la escuela, el ya viejo dilema entre leer por gusto y leer para aprender lo que manda el currículum. Y su drama paralelo en el plano de la lengua: el estudio de la Gramática o la Sociolingüística cuando casi no se sabe redactar una breve nota. De todo ello tenemos experiencia sobrada, pero aportar soluciones no resulta fácil.

Una propuesta muy interesante sobre la lectura adolescente es la que hace Guadalupe Jover en *Un mundo por leer* (2008). En ella plantea una revisión crítica del canon literario escolar que promueva una verdadera educación literaria del alumnado y tenga mucho más en cuenta el tipo de lector a quien va destinado. Ese proceso tendría tres ejes: 1) revisar la propia tradición para que los adolescentes se inserten en ella de forma crítica y consciente; 2) cambiar el marco de referencia de nuestras lecturas, que ya no debería ser tanto el canon literario nacional sino el occidental, o mejor, el canon universal; y 3) empezar a considerar también como parte de nuestras señas de identidad colectiva las tradiciones culturales de los alumnos

que vienen de fuera. Para ello, hay que hacer varias cosas: renunciar definitivamente al enciclopedismo a favor de una buena selección; abandonar, al menos en parte, el tradicional enfoque historicista, lo que no significa renunciar al análisis y a la contextualización histórica de las obras; y finalmente, apostar claramente por el diálogo entre el hoy y el ayer, y por la lectura en contrapunto de textos de la tradición y textos actuales, en diversos formatos y soportes. Todo ello lo concreta en su concepto de *constelaciones literarias*, una propuesta innovadora para hacer itinerarios temáticos por cursos centrados en los principales intereses de los adolescentes de cada edad.

Más recientemente, en un artículo publicado en la revista *Textos. Didáctica de la Lengua y de la Literatura*, Jover (2010) sintetiza su visión del asunto y hace cuatro propuestas concretas destinadas al bachillerato: a) dedicar un espacio autónomo a la materia de Literatura, que se estudiaría separada de la Lengua; b) abrir definitivamente el programa y, aun reservando una parte importante para el canon nacional, abordar la lectura en profundidad de textos de otras tradiciones, especialmente la occidental, alternando obras antiguas y modernas, locales y universales; c) combinar adecuadamente textos literarios y no literarios, teniendo muy presentes los intereses de los alumnos; y d) proponer sin temores proyectos interdisciplinarios y multimodales, en soporte tradicional y en soporte multimedia, de manera que se puedan integrar en cada discurso textos verbales, sonidos e imágenes. Lo que nos pone en contacto directo con las TIC pero no de golpe, sino conectando con la base y la tradición previa y nos permite asimismo enlazar con los hábitos de lectura juvenil y los tipos de ficciones ya afianzadas al leer LIJ. Todo ello nos permitirá globalizar y desarrollar competencias generales más que “fragmentar aún más un mundo ya de por sí muy fragmentado” (Jover: 2010, 37). Ésa es la clave. Favorecer los vínculos y estimular las conexiones autónomas que hacen nuestros estudiantes para asegurar que la información se convierta en conocimiento. Como dice Anne-Marie Chartier, en cita del mismo artículo:

“¿Qué distingue una información de un conocimiento? Los vínculos. No los vínculos presentes en la máquina, sino aquellos constituidos en la memoria del lector, los cuales integran cada dato y cada relación dentro de un conjunto que le otorga su significado, su peso y su valor de uso.” (Jover: 2010, 37)

Vínculos personales, coincidentes o no con los autorizados por la escuela tradicionalmente, coincidentes o no con el modelo de conocimientos segmentado en materias o ciencias desde la Ilustración. Un conocimiento quizá más libre, menos compartimentado, pero más personal y útil para la vida; quizá incompleto, pero el único válido al fin y al cabo para andar solo por el mundo. Eso es: conectar significados. Hacer clic, pero no para contestar verdadero o falso y ganar puntos, sino para relacionar, valorar, comparar, dar sentido y saber aplicar lo visto a problemas nuevos. Éste es el eje principal de nuestra tarea. Y en él, la lectura, una lectura siempre paciente y comprensiva, una lectura en parte autónoma y en parte guiada y estimulada por el intercambio con los otros, ha de desempeñar un papel central.

13. *Literatura y terapia*

Para terminar, lo que está claro de todo este drama pasional que vivimos alrededor de las TIC, las TAC y la enseñanza de la Lengua y la Literatura es que como colectivo necesitamos algún

tipo de terapia de choque que nos haga reaccionar y nos dé nuevos alicientes antes de certificar la dimisión irrevocable de nuestro oficio. Porque a la ruptura generacional inherente al trato de los adultos con niños y adolescentes, se suma desde hace ya más de una década una ruptura cultural y tecnológica que a menudo nos hace parecer extraterrestres que han aterrizado por azar en un extraño laberinto.

Por ello debería estimularnos la necesidad de seguir haciendo las cosas bien, de ensayar a pesar de todos los pesares, de no tener miedo a equivocarnos, y de hacer las cosas con la mayor exigencia hacia uno mismo y hacia los demás, conjugando el esfuerzo y el juego, la diversión y el necesario estudio. Y en este sentido, la palabra en general y la literatura en particular pueden actuar como bálsamo reparador, como medicina sanadora, como remedio definitivamente eficaz. La palabra y la imagen. Cuentos infantiles para alejar el miedo. Poesía para curar. Textos que nos aconsejen y acaricien el alma. Historias que nos ofrezcan estima y consuelo, un lugar en el mundo, un rincón protegido en que podamos soñar y ser quienes queramos realmente.

Y de este modo entra de nuevo en juego el valor eterno de la literatura. Y el del cine. Y el de la música. Para soñar y para buscar brechas de lucidez. Para no olvidar al niño que somos aún. Arranquemos las páginas del manual de la asignatura, como el profesor Keating de *El club de los poetas muertos* (1989), saltémonos el análisis métrico si hace falta y tiremos de recursos primigenios como los sentimientos: la pulsión erótica, el miedo a la muerte, la amistad o el amor que todo lo impregnan... Tenemos en nuestras manos un arma muy poderosa, con TIC o sin TIC: tenemos la palabra. Recitemos poesía, hablemos de versos y novelas, de cuentos y tebeos, de chistes y anécdotas. Y grabemos en vídeo o en audio, y hagamos teatro, y veamos cine en compañía, para saber más, para entender mejor nuestro barrio y nuestra escuela. No olvidemos nunca la eterna capacidad de seducción de la lectura y la conversación. Actuemos en clase. Juguemos con las palabras sin temor. Aprendamos y enseñemos lengua y literatura dejando de lado tanto la rutina mecánica del libro de texto como la obligación de utilizar necesariamente una maquinaria compleja y claramente falible.

Y no renunciemos a nada, y menos a los clásicos. Porque, contra lo que muchos dicen, los saberes de ayer, son también los de hoy y serán los de mañana. El resto es técnica e instrucciones. El resto pasará. Nosotros, mientras, intentemos poner en valor los clásicos, saquémoslos a pasear en las ocasiones más insospechadas, sin pedantería ni homenajes grandilocuentes, en zapatillas de andar por casa si hace falta, para que tomen aire y respiren, para que dejen de acumular polvo de siglos y vivifiquen con su espíritu este mundo ácido y amargo que nos ha tocado vivir. Porque, como dicen Martos y García (2005): “[...] la lectura inteligente –en uno u otro soporte- será lo que más nos ayude a la lucha contra el creciente imperio de la 'estupidez'.”

14. *Billete de ida*

Resistamos primero, pues, para avanzar más tarde. Al fin, tenemos que batirnos el cobre cada día, con mayor o menor destreza, y no queda otro remedio que ser audaces ante la pizarra. Estamos en primera línea del frente, entre la espada y la pared, y no podemos huir el cuerpo a los arañazos de la realidad.

Porque no queda otro camino que el se muestra ante nuestros ojos. Siempre al frente, expulsados de la tierra en que un día creímos asentar los pies y ya sin ninguna esperanza de volver, como en el poema de Luis Cernuda:

Peregrino

¿Volver? Vuelva el que tenga,
Tras largos años, tras un largo viaje,
Cansancio del camino y la codicia
De su tierra, su casa, sus amigos.
Del amor que al regreso fiel le espere.

Mas ¿tú? ¿volver? Regresar no piensas,
Sino seguir siempre adelante,
Disponible por siempre, mozo o viejo,
Sin hijo que te busque, como a Ulises,
Sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.

Sigue, sigue adelante y no regreses,
Fiel hasta el fin del camino y tu vida,
No echés de menos un destino más fácil,
Tus pies sobre la tierra antes no hollada,
Tus ojos frente a lo antes nunca visto.

(*Desolación de la quimera*, 1962)

Parados en medio del trayecto, no nos queda sino mirar el paisaje y seguir adelante, sin esperanza quizá, pero con convencimiento –como diría Ángel González-. O dicho de otro modo, porque el viaje vale la pena y ya nadie vende billetes de vuelta.

Referencias:

ECO, U. (1993), *Apocalípticos e integrados*, Lumen, Barcelona.

JOVER, G. (2007), *Un mundo por leer. Educación, adolescentes y literatura*, Barcelona, Octaedro.

JOVER, G. (2010), “La educación literaria en el bachillerato. Futuros posibles.”, *Textos. Didáctica de la Lengua de la Literatura 55, La educación literaria en el bachillerato*. Barcelona, Graó, 27-38.

CHARTIER, A.-M. (2004), *Enseñar a leer y escribir*, México FCE. Citado en JOVER, G. (2010), “La educación literaria en el bachillerato. Futuros posibles.”

MARTOS, E. / GARCÍA, G. (2005) “Las nuevas tecnologías y la Literatura Infantil y Juvenil, *Lectura y Literatura Infantil y Juvenil*, ABRIL, M. (coord.), Málaga, Aljibe, 247-283.

PARRA, F. (2010), “El fiasco del libro digital en las aulas”. En el blog *Cesó todo y dejéme*: <http://cesotodoydejeme fb.blogspot.com/2010/10/60-el-fiasco-del-libro-digital-en-las.html> [Fecha de acceso: 3.11.2010]

PENNAC, D. (2008), *Mal de escuela*, Barcelona, Mondadori.